

Germán Pérez y Ana Natalucci (eds.) (2012). *Vamos las bandas: organizaciones y militancia kirchnerista*. Buenos Aires: Nueva Trilce

Cecilia Abdo Ferez¹

El libro es una compilación de artículos, escritos en su mayoría por miembros del Grupo de Estudios sobre Protesta y Acción Colectiva (GEPSAC-IIGG), que aborda al kirchnerismo “como problema sociológico”. Más específicamente, focaliza desde la sociología en la denominada “tercera pata” del proyecto gubernamental, la de los movimientos sociales que acompañan o acompañaron la gestión desde 2003 hasta el presente y que conforman un espectro ideológico cada vez más predominante en el ejercicio estatal.

Con el propósito de confrontar con las interpretaciones académicas que leyeron esta inclusión de los movimientos sociales en la esfera estatal como lisa y llana *cooptación*, o que directamente rehuyeron dedicarse a pensar un objeto tan escurridizo y en apariencia tan impenetrable como las organizaciones kirchneristas, y oscilando a lo largo de los artículos en si esta inclusión en el Estado significó o no un “reflujo de la protesta social”, el libro piensa la dinámica entre las diversas organizaciones y el gobierno, entendiendo a ambos (pero sobre todo a las primeras) como actores capaces de desarrollar una “gramática” propia de intervención política.

Esta gramática está asociada al “movimientismo”, concebido no sólo como “modalidad de construcción interna” de los grupos, sino también como llave de lectura del proceso político kirchnerista (definido por estas organizaciones como un momento de “ofensiva” en el discurrir histórico del campo nacional y popular). Las organizaciones se toman así, en estas páginas, en general como “base de sostén” del gobierno, pero también como “agentes de cambio de la gestión”, como agentes de transformación de la dinámica político-estatal, con capacidad de influencia en políticas públicas, a partir de autopercepciones y de diagnósticos propios de la situación. Y ellas pueden ser a la vez base de sostén y agentes de cambio estatal (podría decirse con este libro) en virtud de una lectura política que traza su límite identitario común en el rechazo al “pejotismo”, como se le llama al PJ y sus prácticas a lo largo de este texto.

¹ Investigadora adjunta de CONICET y del Instituto “Gino Germani” de la Universidad de Buenos Aires. Profesora adjunta de la UBA y el IUNA. E-mail: ceciliaabdoferrez@gmail.com.

La suposición de una frontera identitaria común complejiza el adjetivo “social” al hablar de estas organizaciones: ellas eran predominantemente sociales en los años noventa por una caracterización del momento político, de vaciamiento de la participación y de extrañamiento respecto del rol del Estado, que las llevó a anclarse en el territorio. Con la “dislocación” que significó el kirchnerismo respecto de esta forma de entender la política en los noventa, la inscripción social y territorial de estas organizaciones pudo acoplarse también con una acción político-estatal *directa*: es posible ahora, en otras palabras, no sólo ser el “puente” entre la sociedad civil y el Estado, como a veces aparece en este libro (quizá en un exceso de axiomática), sino también aspirar a territorializar el Estado. El “salto a la política” de estas organizaciones se comprende así como un proceso que no es traumático ni caprichoso, sino parte de una historia de diagnósticos coherentes y legitimados, dentro de lo que suele conocerse como el campo nacional y popular. Este libro está dedicado a fundamentar esta comprensión.

Así, en los diversos capítulos de *Vamos las bandas* se analizan los derroteros del Movimiento Evita (por Ana Natalucci), de la Federación Tierra y Vivienda (por María Florencia Pagliarone), del Frente Transversal Nacional y Popular (por María Laura Da Silva), de Libres del Sur (por Mauricio Schuttenberg) y de La Cámpora (por Melina Vázquez y Pablo Vommaro), a lo que se agrega lo que a mi juicio constituye el artículo pivote del libro: el dedicado a la Central de Trabajadores Argentinos (por Martín Armelino). La CTA es aquella fuente de la cual bebieron varias de las organizaciones anteriores, de protagonismo diverso pero insoslayable en el ejercicio gubernamental, y paradójicamente es también la organización menos beneficiada por el proceso kirchnerista. Este carácter de pivote del artículo de Armelino explica uno de los aciertos del punto de vista general sostenido por la compilación: el kirchnerismo no se ve en este libro como el surgimiento de algo radicalmente nuevo, sin raíces ni deudas, sino como una oportunidad para “actualizar identidades” transformadas al calor de la lucha contra el neoliberalismo en los años noventa (antes que como una vuelta a las matrices de confrontación de los setenta). Esta experiencia “sedimentada” de las organizaciones no sólo cuenta, sino que es determinante para los sentidos que pueblan la construcción imaginaria kirchnerista. Es en virtud de las reformulaciones en el diagnóstico que hicieron muchas de estas organizaciones acerca de cómo leer los primeros gestos de Néstor Kirchner y de la historia sedimentada de las prácticas que ya habían desarrollado juntas en las calles, que ellas contribuyeron a actualizar una identidad latente (la de peronismo de izquierdas) y pudieron ofrecer cuadros militantes como protagonistas del

gerenciamiento de ciertas políticas públicas (sobre todo, las atinentes a trabajo, política social y viviendas).

La suposición de una matriz identitaria común, como decimos, es lo que aúna el análisis de las organizaciones en este libro: sus dinámicas de relación con el gobierno, sus diagnósticos, las diversas capacidades de acercamiento o distanciamiento, de satisfacción o desazón con la práctica estatal. Esta matriz identitaria es relacional y variable y se nutre de dos principios: el rechazo a la política entendida como maquinaria de poder vaciada de participación (y focalizada en el PJ) y el combate a la precarización del trabajo y al desempleo, a cuya consecución ayudó en los noventa la “cooperación” de lo que se describe como el “sindicalismo de viejo tipo”. Por ese diagnóstico común, que traza una *frontera interna en el mismo espacio gubernamental* poniendo centralmente al PJ y a la CGT (las otras “dos patas” del proyecto) como los Otros del juego, se explican varios de los derroteros de estas organizaciones (el alejamiento y el pase a la oposición de Libres del Sur, por ejemplo, o la ambivalente relación del Evita con la CGT) y también la marginalidad inesperada de la CTA (o su “curiosa situación” actual, como la describe Armelino). El libro plantea entonces un interrogante que no formula explícitamente: ¿puede pensarse a esta pluralidad de organizaciones, relativamente autónomas entre sí (a pesar de sus diversas, recurrentes y explícitas confluencias), como actores político-electorales más allá de la permanencia del gobierno, o su protagonismo estatal y su capacidad de influencia dependen exclusivamente de la dinámica que establecieron con él? ¿Puede su influencia como base de sostén y agentes de cambio estatal trasladarse al campo político-electoral de manera relativamente diferenciada, o son los intentos partidistas (el MILES de la FTV, por ejemplo) una manera más de presionar por una mayor participación en el armado de listas, que sigue siendo un ámbito de decisión centralizado (a juzgar por lo que se desliza en este libro)? ¿Fuerzan estas organizaciones populares en el gobierno a una democratización e institucionalización de los modos de construir política en su interior, o su poder coyuntural y variable es directamente proporcional a cuánto se precise contener a las otras “dos patas”? Lo cierto es que el kirchnerismo, leído incluso en su “vulnerabilidad” y en la “incertidumbre” (como se lo describe en este libro), tiene en estas organizaciones que conformaron lo que se conoce como el intento de la transversalidad uno de los pilares perennes de su construcción identitaria (tanto que en organizar estas patas y torcer la balanza de sus distintas prácticas se juega la gramática que lo ha definido como singularidad política).

El libro tiene la virtud de arriesgarse a pensar y a decir algo sobre un proceso en marcha. Como dice la introducción, sobre las organizaciones kirchneristas del campo popular no hay una biblioteca de sociología ni una de ciencia política. Se escribe entonces a partir de periódicos, de documentos (como los que conforman el anexo, en una tradición que dice más de las prácticas de la izquierda que del peronismo), de entrevistas (en las que se evita citar los nombres de quienes las dan). Se reconstruyen cronologías, se ofrecen periodizaciones, hay un empeño en mantener un lenguaje ascético (sólo en la introducción los editores usan palabras que podrían denotar alguna posición propia sobre el proceso), se toman y se dejan categorías, se ensayan nuevas formas de leer y de nombrar (sobre todo en el artículo de Ana Natalucci), incluso corrigiéndose los propios textos anteriores. Es un ejercicio de sociología *profesional*, pero atenta a un proceso en marcha y a un objeto en general desconsiderado por la academia, y mucho más en este tono, que se pretende estrictamente no militante. Quizá la mayor liberalidad sea el título y la *warholización* del Nestornauta en la tapa. Esto no es una crítica, es más bien una constatación de la práctica que el libro testimonia: se quiere, marcadamente, mantener el rol de sociólogo/a frente a fuentes, objetos y documentos; se quiere, marcadamente, mantener el contraste con el discurso en el que estos temas suelen aparecer en la cotidianeidad del lector y en los medios; se quiere, marcadamente, evitar los términos que también en la academia se dicen demasiado rápido, como “populismo” (quizá no se use una sola vez en el libro), “uniformidad” o “cooptación” (a lo que Natalucci opone, muy acertadamente, una lógica de la “heteronomía”). Lo que el lector encontrará en estas páginas (me animo a pensar que será un académico o un militante) será mucha información, ordenada e historizada, algunas citas imperdibles (como las que aparecen en el artículo sobre el Frente Transversal y los diagnósticos de Libres del Sur, post crisis de la 125) e hipótesis muy interesantes que se cuelan y que muchas veces se contrastan entre sí (como, por ejemplo, la del mantenimiento o el reflujo de la protesta, la del diagnóstico de las organizaciones sobre sí mismas en el año 2003, o qué se quiso hacer con el llamado a estas organizaciones por parte de Néstor Kirchner en los inicios de su gobierno). Aquí se ofrece una lectura sociológica de la transversalidad, como marca perenne, como fantasma performativo de la experiencia kirchnerista, como nuevo clivaje en el interior del campo político argentino (en particular, del campo popular). Aunque no aparece la experiencia de Unidos y Organizados ni se atiende demasiado al crecimiento desigual de la influencia de estas “bandas” (lo que es evidente en el protagonismo creciente de

La Cámpora, por ejemplo), es factible pensar que el análisis que ofrece este libro alimenta una imagen del kirchnerismo que desmiente toda homogeneización de las organizaciones y también cualquier improvisación.